

Joann Sfar

El siglo de las luces

La condesa Epónima

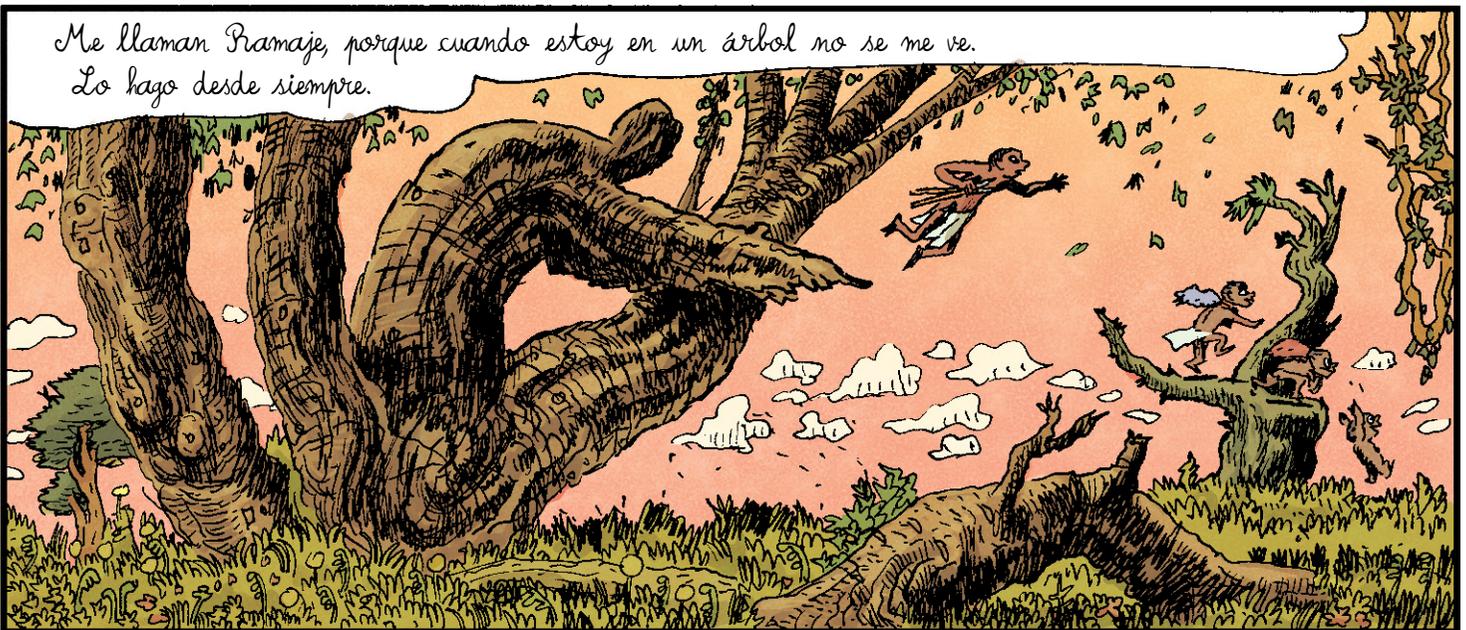




No soy ni el más fuerte ni el más rápido, ni el más inteligente de mi comunidad. Sólo soy el que sabe esconderse.

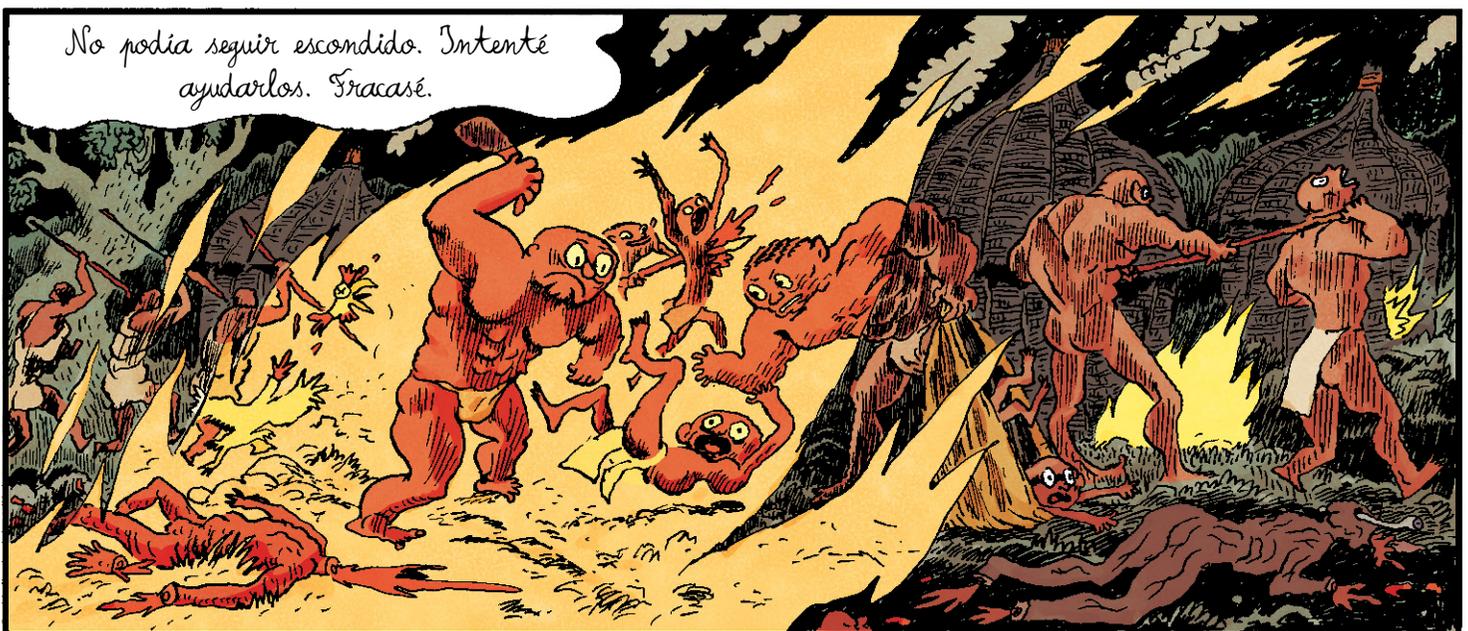


Me llaman Pramaje, porque cuando estoy en un árbol no se me ve. Lo hago desde siempre.

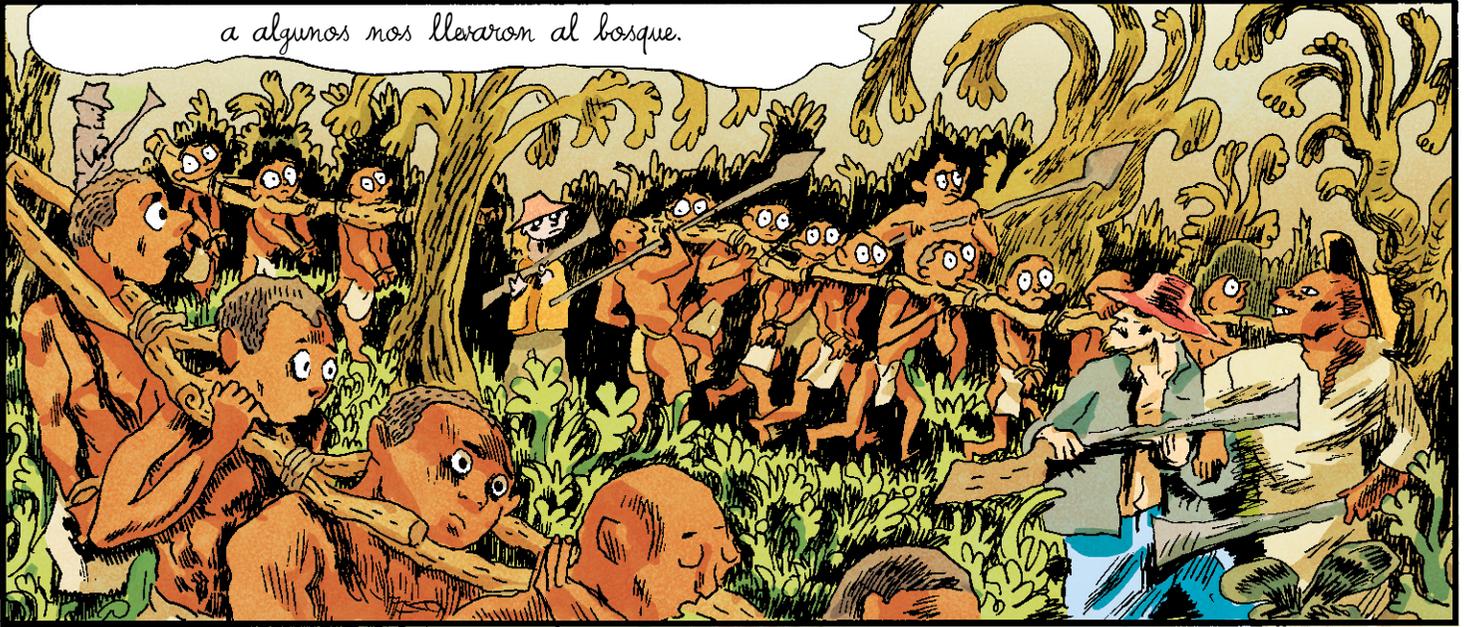


Aquel día no pude esconderme. Mis hermanos pequeños me necesitaban.





a algunos nos llevaron al bosque.



Luego nos separaron. A mi me vendieron a otro pueblo



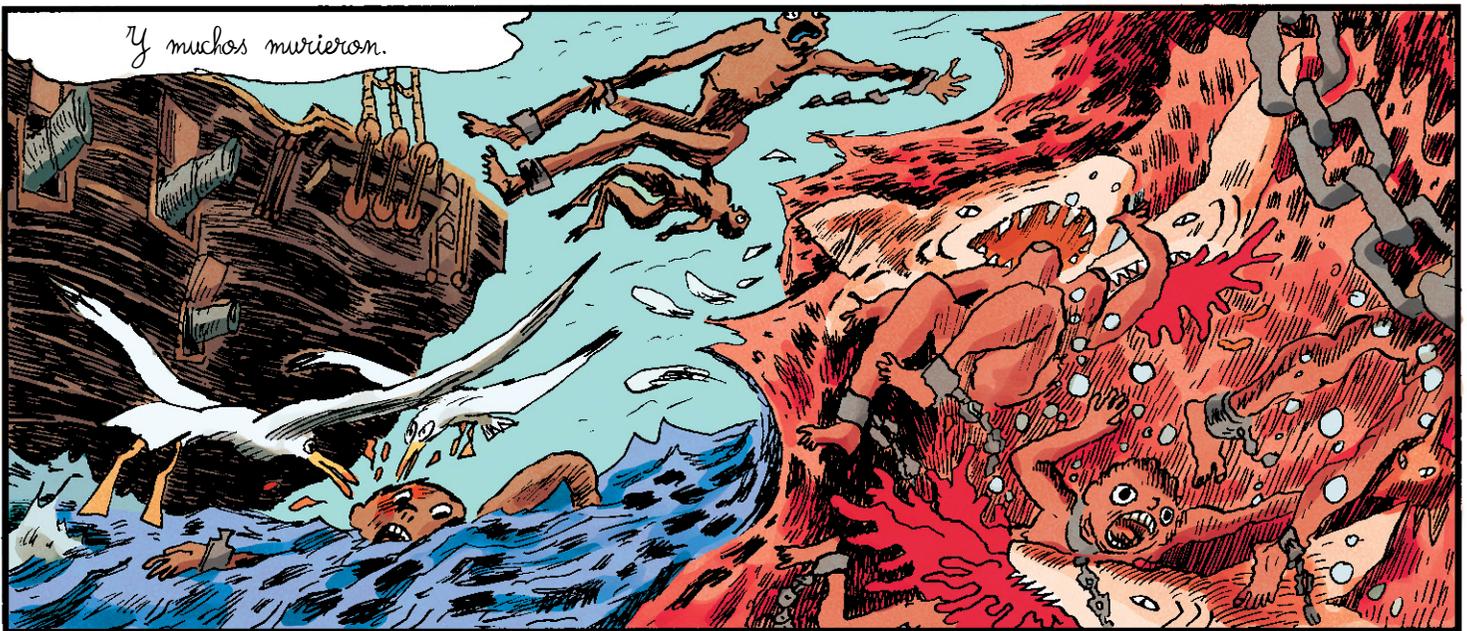
que me vendió a otro pueblo.



Y así acabé en el fondo de una barca con personas que no eran de mi aldea.
Hablaban un idioma raro.



Y muchos murieron.



Y muchos murieron.



Y muchos murieron, pero a mi me deben de querer los dioses, porque me escapé junto a otro que hablaba un idioma raro.



Pero, como no sabíamos dónde ir, nos quedamos en la barca.



Y al final de la travesía, la barca arribó a una tierra desconocida y mi compañero intentó escapar.



Pero no lo logró. Por eso yo seguí escondido.

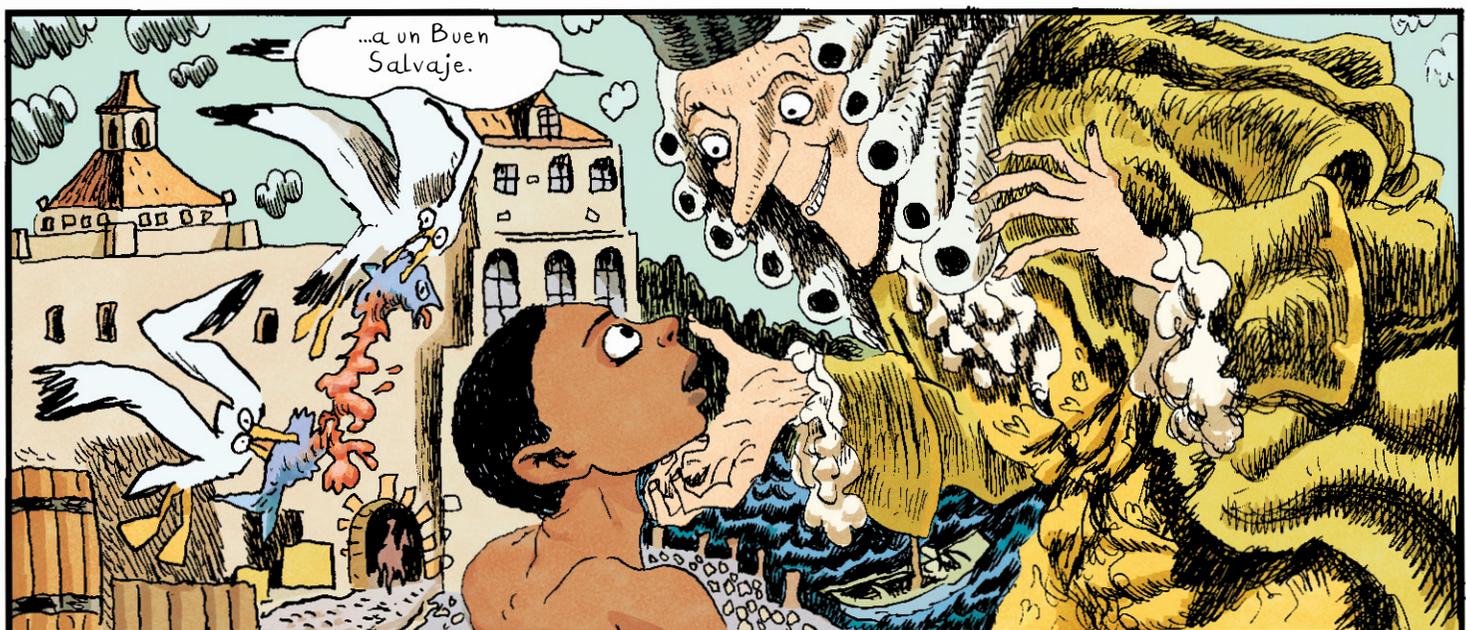


La barca surcó de nuevo las aguas del río y yo recé para que volviéramos a mi tierra.



Pero los dioses hicieron oídos sordos a mis súplicas.







Y lo de los niños, ¿es necesario? Vamos, que su capacidad de trabajo es bastante insignificante, ¿no?

¿Y dónde queréis que los metamos si no los vendemos? Abandonarlos a su suerte en plena naturaleza resultaría cruel.

Así es, pero...



¿La gente está dispuesta a pagar entonces para hacerse con niños esclavos?

¿Sé yo acaso lo que se estila en Las Américas, señor? Nosotros nos limitamos al transporte de la mercancía.



Los negros guerrean entre sí, los berberiscos y los árabes los dan caza como a animales y luego los venden a nuestras compañías, que los llevan hasta el Nuevo Mundo. Imaginaos que se tratara de libros: no seríamos ni el autor ni el lector y ni siquiera el impresor. Nos limitamos a llevar a cabo una labor de distribución, señor. Recriminarnos por ello vendría a ser como prender a un librero por haber vendido una obra del Marqués de Sade. ¿Tranquiliza vuestra conciencia esta alegoría?

No.



Y si os dijera que en España y Provenza son los blancos los cautivos que se convierten en esclavos de magrebies, turcos y libios, ¿cuál sería vuestro parecer al respecto?

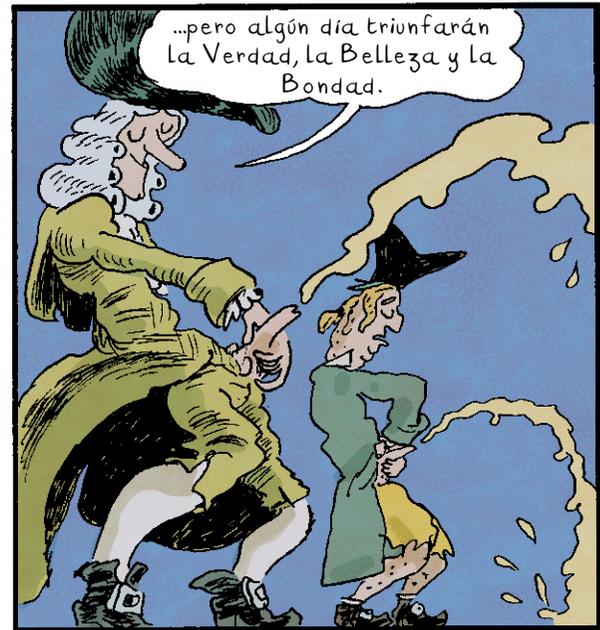
Hmmm



Quizá debiéramos participar también en el negocio del esclavo blanco. Se me figura más igualitario.

Me desconcierta el señor.

Por pensar, por pensar, amigo mío.



Del mundo lunar vienen cada noche a visitarme las ideas. Y sueño que, como la lanza de un soldado romano que se clava en el costado de Cristo, un pilum desgarrará la frágil piel de mi mano de escritor.



Y a través de ella pasa la luz. Y mi herida se hace luz para iluminar al mundo.



Pequeño mosquetero, coge un pico y una carretilla y límpiale las fosas nasales para que así yo pueda dormir.



En estos momentos sueño con cosas de lo más extrambóticas.



Sueño que tengo a un mosquetero minúsculo de barba bien tupida y que me lo meto en la boca y en todas partes.



Y me despierto la mar de contenta.



Si me fuera dado dejar una huella útil de mi paso por este mundo, me gustaría hablar a mis contemporáneos de cosas concretas. Iluminarlos con lo que el pensamiento de una mujer francesa pueda aportar a los gestos cotidianos.



En muchos sentidos, me parece que los escritores filosóficos tienen menos vigencia que los tratadistas de mecánica, causalidad, elegancia o bienestar.



Si tuviera por afán atraer la atención de los hombres e instruirlos sobre el sexo femenino, que es el mío, escribiría sobre mi culo: con qué penetrarlo, cuándo y de qué manera.







